

MI NOMBRE ES MARÍA

Dicen que el universo alberga un absoluto silencio y no por ello dejan de nacer estrellas. También dicen que hay una estrella, en la vía láctea, que brilla por cada persona que aún no ha nacido y que ésta se apagará cuando un nuevo ser venga al mundo.

Sé que soy una estrella, pero mi universo es muy diferente. Aquí también hay oscuridad, una oscuridad que comenzaba a parecerme eterna, pero que en los últimos días un choque rápido y continuo rompe este silencio ya tan familiar para mí...

Es una sensación extraña, pero a la vez hermosa. Es como si acabase de despertarme de un largo sueño y por primera vez hermosa. Es como si acabase de despertarme de un largo sueño y por primera vez tengo un lejano recuerdo de flotar en un torrente de vida y cobijarme, después, en una confortable y mullida cueva.

Algo en mi cuerpo quiere abrirse, desplegarse, tal vez sean unas ventanas de bellos vidrios de colores; no lo forzaré, pues sé que mañana o pasado sucederá. He sido diminuto, pero al paso de las horas he ido formándome hasta parecer una de esas moras que maduran al sol de agosto. Ahora, justo ahora, acabo de deshacer un pequeño nudo de este bello misterio. Soy una estrella, soy una vida.

Tengo tantas preguntas que hacer, pero aun así, sé que serán respondidas sin necesidad de preguntar. Se supone que todavía no debo ser nada, pero que pronto seré mucho o todo para alguien. Me parezco a un pez que tiene entre sí todo un océano, incluso me puedo permitir dar vueltas y vueltas, aunque a veces esté más agitado. Y me pregunto que si la luna es quien provoca las mareas, las subidas y bajadas del nivel del mar... ¿Quién entonces es mi luna?

Debo venir de algo, algo o alguien debe haberme creado. Alguien que quizás aún no sepa ni que existo, pero que en algunas noches y en sueños, rodee con sus brazos su pequeño vientre.

Los días van pasando y aunque aquí solo haya oscuridad, en mí algo me dice que los días se suceden. Que hay una estrella, la más brillante de todas, que da calor y reconforta y nos regala su púrpura y bella despedida al caer la tarde. Que hay unos ciclos en los cuales cualquier y simple árbol se viste y se desviste, con ropajes de hojas verdes o doradas y parecen bellas pinturas. Pero lo que más me ilusiona es

saber que podré ver, algún día, a unos seres cubiertos de plumas y que surcarán el aire, dibujando estelas entre nubes.

Todo a mí alrededor se va transformando y mi pequeño corazón late muy deprisa. Voy creciendo rápido y cada vez tengo más emoción y deseos de hacer muchas cosas, pues sé que esto es solo el comienzo. Invento un inmerso puente, no me percato en su forma ni color, desde donde estoy hacia donde voy, pero lo más curioso de todo es que sé que siempre lo haré con ayuda. Sé que hay algo más que esto y quiero creer en ello. Sé que mi mamá en momentos pasados, pues no tengo noción de tiempo, se sentía sola. Me hubiese encantado poder decirle que todos necesitamos algo en qué creer, que la importancia de creer es grande, inmensa, pues la historia está hecha de personas que creyeron, que hicieron, que cambiaron el mundo con sus ideas. Permitieron la libre expresión, nos dieron la posibilidad de aprender, la libertad de elegir. Creer, creer en ti mismo, en tu ser internos o en tu Dios y nunca dejar de hacerlo, pues es la fe la fuerza más poderosa de la humanidad.

Tengo fe en mí y en todo lo que puedo llegar a ser si me otorgan ese privilegio, ese regalo. He sabido también, no hace mucho, que mi vientre de igual manera, es un jardín aún sin cultivar y que podrá ser capaz de cobijar una vida. He sabido que soy mujer.

Comienzo a darme cuenta que duermo demasiado. Cuando despierto observo mis manos. Las abro, las cierro. ¡Qué de cosas podría hacer con ellas! Sería capaz de acariciar texturas suaves, algo así como la tersa y tirante piel de unos pechos. Y con mis brazos...¡Qué no haría yo con mis brazos! Podría abrazar tan fuerte y estar corazón con corazón, pues ese es el sentido que tiene un abrazo.

Mis ventanas, del bello y transparente vidrio, al fin se han abierto, aunque no sabría decir qué color exactamente. Podrían ser marrones, como hojas de otoño, verdes como el mar cuando se agita, azules como el cielo que imagino, pero probablemente, sean grises, así como las nubes que anuncian la lluvia.

Hoy estoy más cansada de lo habitual. Mi océano ha estado alborotado. He escuchado sonidos desconocidos para mí. Voces que ignoraba, diferentes, graves. He notado temor en ella y a través de su piel de sentido que abrazaba su vientre. Ella no lo sabe, pero sé que me quiere. Sonaba constantemente una palabra, no sabría decir si un nombre. Corría y corría, escapando de algo, de alguien, de una situación o de sí misma.

La vida en ocasiones nos pone a prueba. Nos aprieta tan fuerte que creemos que es el final y entonces nos rendimos. Es entonces cuando buscamos el camino más fácil. Nos tapamos los ojos para no querer ver y los oídos para no escuchar y optamos por pensar en nosotros mismos. Me gustaría decirle que las cosas no siempre son tan difíciles si las deseas con la suficiente fuerza. Estoy ansiosa por estar en sus brazos y ahora más que nunca estoy convencida de que así será. Ha comprendido que aunque me lleve en sus entrañas, aunque forme parte de su galaxia, soy una nueva estrella con el mismo derecho a brillar como tantas otras.

Yo debo haber crecido bastante, pues mi cueva se me hizo pequeña. Sospecho que mi momento está próximo; me cuesta moverme y estirar mis piernas. Paso más tiempo despierta y oigo con más claridad. Ese mundo, mi pequeña galaxia, comienza a apagarse.

Justo ahora, en este mismo instante, noto su sangre fluir tan deprisa que pareciesen fuertes corrientes de ríos. Intensos espasmos sacuden su cuerpo y la oigo llorar. Tal vez, algo confabulado, para que ocurra algo bello, mágico y grande.

Por primera vez tengo mucho miedo. En cada sacudida que da su frágil cuerpo es un torrente de vida que llega a mí. Voy dejando la oscuridad y el silencio atrás y percibo una intensa luz que me ciega. No puedo abrir mis ojos, mis manos se abren para asirme a algo, tengo miedo a caer, entonces es cuando descubro que es llorar.

Hace mucho frío y barbilla tiembla. Es entonces cuando siento unos cálidos brazos y escucho algunas voces ya conocidas por mí. Intento quedarme quieta, mientras ella me abraza. Sí, sin duda es ella, percibo su olor y me susurra mientras me acaricia las manos. Parezco entenderla... ahora sí, soy su estrella, estoy a su lado y mi nombre es María.